



XI

La Buscapanes.

EN uno de esos rinconcitos de Francia que tan queridos me son, había una viuda que se llamaba Victorina Loux, y que tenía fama en toda la comarca y en más de diez leguas á la redonda, tanto por su carácter entero como por su buen corazón. Hacía diez y ocho meses que había perdido á su marido, y ella sola, sin que las personas ni los animales tuviesen por qué lamentarse de ello, cuidaba de su familia compuesta de cinco hijos, de sus criados y criadas, de sus rebaños de bueyes, de vacas y de carneros, de sus yeguas y de todas sus aves de corral, que sólo por la noche cesaban de cantar. «De nada falta en casa de la Loux», decían los vecinos, admiradores ó envidiosos. Y decían la verdad.

Ahora bien, ved aquí lo que le sucedió:

Era á fines de verano, en la época en que aún hay hierba en los límites de los campos recién segados. El aire estaba impregnado del aroma de la paja y del

heno; por las ventanas de los graneros salía olor á trigo maduro; las gallinas correteaban por los rastrojos, y los mozos sólo esperaban para comenzar la labor las primeras lluvias de Septiembre ó las órdenes del ama. Esta, que se hallaba en un patio cerrado por tres de sus lados por edificios de tejados saledizos, viendo entrar á los carneros que se agrupaban en la puerta del establo, llamó con la mano á la mujer que los guardaba. Anochece. Victorina Loux estaba apoyada en la pared de la cuadra, frente al establo. La expresión de su rostro de facciones menudas, encuadrado desde la frente á las mejillas por una toca de hilo, parecía más grave que de ordinario. Era de elevada estatura y muy esbelta. Había sacado á medias los pies de sus zuecos, y apoyaba los talones en el reborde, por lo que parecía aun más alta. La mujer que se dirigió hacia ella andando lentamente pertenecía á esa categoría de seres casi privados de razón, cuya historia, casi siempre oscura, hace temblar á los que la comprenden ó la adivinan. Tenía las facciones abultadas; no era bella, pero aún era joven. Al llegar junto al ama levantó los ojos, á los que la razón se asomaba irregularmente, en llamaradas fugaces.

—*Buscapanes*—este era el apodo y tal vez el único nombre de la pobre criada—te he llamado para comunicarte una cosa que siento mucho tener que decirte.

La otra no respondió. Estaba inmóvil, con la cabeza inclinada hacia adelante, y como en acecho de las palabras que iban á ser pronunciadas.

—Ya hace mucho tiempo que estás aquí, hija mía—continuó Victorina.

—Quince años—refunfuñó la pastora.

—Los que tiene tu hijo mayor; sí, bien te acuerdas; apenas tenía un mes cuando nos lo trajiste. Ya sabes que os he tratado muy bien á ti y á él, y también al otro, y que te he defendido.

—Sí.

—Si estuviera sola en mi casa, te quedarías siempre conmigo; pero mis hijos han crecido. Mi hijo mayor es un poco más pequeño que el tuyo, y ya empieza á manejar el arado como tu hijo Pedro, y á escuchar cuando vendo mis reses ó mi queso á los tratantes que van de paso. Se han criado juntos y son demasiado amigos para que mi hijo mande al tuyo. Antes de mucho no se entenderán: tenemos que separarnos, hija mía.

La *Buscapanes* se estremeció, y en sus ojos, siempre fijos en su ama, la angustia, el dolor de un recuerdo, el deseo de dirigir un reproche, una súplica, apareció un momento y desapareció en seguida. Los labios no expresaron nada, se agitaron levemente y murmuraron:

—Usted es el ama.

—No te abandonaré—continuó Victorina;—mañana te pondrás tu vestido nuevo y te irás con Pedro á casa de mi pariente, el del caserío de Langogne; le he pedido que os dé trabajo. Y os lo dará por mí. Dentro de cuatro días os marcharéis.

—Usted es el ama—repitió en voz más baja la desdichada.

Y las dos mujeres se separaron. En aquel momento otra mujer atravesó el patio y pasando por detrás de Victorina que entraba en la casa, dijo:

—¡No se ha dado usted mucha prisa en echar de su casa á este mal bicho!

Pero Victorina, contra su costumbre, no contestó á las mal intencionadas palabras de Rosa Goufier, la otra criada de la granja. Estaba demasiado apenada.

Por la *Buscapanes* se había sacrificado, en efecto y había tenido más de un disgusto. Quince años antes, cuando manifestó su decisión de acoger bajo su techo á aquella vagabunda que nadie sabía cómo se llamaba, ni de dónde venía, ni de qué vivía y que se presentaba pidiendo limosna y con un niño en los brazos, los vecinos y hasta el mismo marido pusieron el grito en el cielo y protestaron contra una caridad tan imprudente. «¿Qué necesidad hay de socorrer á una persona que no tiene casa ni hogar? ¿De dónde venía aquella mujer? ¡Ah! no tardaría en abandonar la casa en que la recogían, y el mejor día echarían de ver que había tomado el tole llevándose más de lo que le correspondiera por su salario!» Victorina Loux se mantuvo firme.

La pastora no robó ni trató de marcharse de la granja; pero seis años después, con gran escándalo de todo el pueblo, dió á luz otro niño y Victorina no la echó de

su casa. Algunas de las personas más consideradas del pueblo censuraron acerbamente, con este motivo, á aquella labradora, á aquella mujer honrada, á aquella madre de familia que toleraba semejantes escándalos en su casa y no pensaba en que era un mal ejemplo. «Ya lo creo que lo pienso—respondía Victorina—pero mi hijo mayor es aún muy pequeño, y cuando sea un hombre, dará menos importancia á la falta de esta mujer que á la caridad de que ha sido objeto.» Y transcurrieron los años, trayendo cada uno de ellos un poco más de olvido que el precedente. Los hijos de la *Buscapanes*, Pedro y Andrés,—Pedro, atrevido, pendero y moreno; Andrés, sonrosado, rubio y tímido como una niña,—se criaron con los niños del ama, comieron el mismo pan, bebieron la misma leche, respiraron el mismo aire, recibieron las mismas caricias, oyeron las mismas voces, fueron á la misma escuela y vieron los mismos campos en donde al par que las cosechas, germina para los hombres un poderoso sentimiento de fraternidad. Victorina Loux trataba casi lo mismo á sus hijos que á los de la otra. Fué necesario que la sangre hablase poco á poco en el corazón de los hijos legítimos, de los herederos de las tierras y de los rebaños, y les hiciera sentir la necesidad de mandar. Entonces estallaron las primera disensiones serias entre los primogénitos de las dos razas distintas. Y Victorina comprendió que sus hijos iban á deshacer lo que ella había hecho.

Seguramente nadie padecía tanto como ella con la

decisión que había tomado; ni la verdadera madre, ni los niños que habían llorado un momento al saber que dos de ellos iban á vivir lejos en lo sucesivo y que en aquel instante formaban proyectos y combinaban entrevistas; ni los criados de la granja, que despreciaban á la *Buscapanes* ó la envidiaban.

Se hizo de noche; la cena fué menos alegre que de costumbre, porque los siete niños observaban á sus madres que callaban; luego se acostaron todos; después amaneció el nuevo día. Al alba, Victorina que había sido la primera en levantarse, vió desde la ventana de su cuarto á la *Buscapanes* y á Pedro que bajaban por el sendero bordeado de nogales y entraban, á unos cien pasos de la granja, en la carretera oculta por las hayas.

Estuvo todo el día tan triste, que los niños extrañaban su casa, de la que faltaba el buen humor de su madre, y se entretuvo en recorrer sus graneros, en abrir y cerrar los armarios y las arcas, en donde guardaba sus provisiones. Los viajeros volvieron tarde. Estaban cansados. Cuando entraron en la sala, en donde toda la familia y los criados de la Loux estaban reunidos y charlaban un momento antes de irse á dormir, Pedro, que era el único que podía explicarse con claridad, contó que el colono de Langogne le había recibido muy bien, y que tenían que marcharse al día siguiente.

Entonces, desde el rincón en que se había acurrucado junto á la chimenea—porque comenzaba á gustar el acercarse al fuego—miró Victorina á toda aquella

gente que se agrupaba en torno del hogar y que una sola llama saltarina iluminaba, y dijo:

—Cuando se marchen mañana, quiero que se lleven el carro que os sirve, en el tiempo de las castañas, para recorrer los castaños. Meteréis dentro un saco de trigo y otro de cebollas, diez metros de lienzo y otras muchas cosas que tengo preparadas, porque no quiero que lleguen á casa ajena como la madre llegó á mi casa hace quince años. No quiero que desprecien á nuestros amigos.

—¡Qué gana de broma tiene usted, señora Victorina—dijo una voz—porque esa mujer es su peor enemiga!

La que así hablaba era Rosa, que señalaba con el dedo á la *Buscapanes*. Todos los habitantes de la granja se habían levantado. Los niños gritaban. Un hombre sujetaba á Pedro que quería arrojarse sobre la criada y que la amenazaba con el puño cerrado.

—Tú, Rosa—dijo Victorina—no seguirás en mi casa. Tienes muy mal corazón. Porque esta es la segunda vez que acusas á la *Buscapanes* con quien he vivido quince años y que se marcha mañana.

Al día siguiente, bajo el sol abrasador del mediodía, sacaron del cobertizo el carrito que servía para acarrear castañas, lo atestaron de ropa y de provisiones, y la pastora se cogió á las varas y empezó á bajar hacia la carretera. Los niños la rodeaban, tirando unos de unas cuerdas que habían atado al carrito y empujando otros las ruedas. Pedro y Andrés eran los únicos que se habían quedado rezagados.

Estaban despidiéndose de los animales y de las cosas; del establo en donde estaban «sus bueyes» corrían al pajar en donde tanto habían jugado, y se oía el ruido de sus zapatos claveteados en los peldaños de las escaleras y en las baldosas de los graneros. Al fin, después de ver todo y de despedirse de todo, como hacen los niños, con una sonrisa fugaz y un estremecimiento de dolor, se arrojaron en brazos de Victorina, que estaba de pie en el umbral de la sala principal con su vestido negro, de los domingos.

—¡Adiós, mamá Victorina! ¡Ya volveremos! ¡No nos olvidaremos de usted!

—¡Adiós, hombre! ¡Adiós, hijito!

Y estrechaba primero á uno y luego á otro contra su pecho, y soltaba á Pedro para abrazar á Andrés, y á Andrés para volver á besar á Pedro.

Los criados estaban en el campo ó en las habitaciones interiores de la casa. El cortejo de la *Buscapanes* se alejaba. Victorina abrazó por última vez á los niños.

—¡No sé á cuál de los dos quiero más! ¡Marchaos, hijitos, que ya es hora!

El mayor fué el que se alejó primero. Iba muy de prisa; en un momento llegó á la mitad de la cuesta. El más pequeño volvía la cabeza á cada paso, y se veía su pelito rubio ensortijado y sus ojos brillantados por las lágrimas.

Una carcajada chillona salió entonces del establo. Rosa, la criada, sacó la cabeza por el ventanuco del granero, y gritó:

—¡Hace usted bien en quererle, señora Victorina: como que es hijo de su marido de usted!

El chiquillo se alejaba andando de espaldas. La viuda, de pie en el dintel de la puerta, se había puesto muy pálida. Verdaderas ó falsas, aquellas palabras la habían herido en el corazón, que tal vez sangraría siempre. No respondió, pero levantando los dos brazos, exclamó:

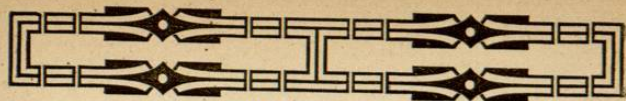
—¡Andrés!

El niño se paró.

—¡Andrés, á tí te quiero más!

El chiquillo agitó su gorra y continuó su camino.

Victorina Loux, que había agotado todas sus energías, y hasta algunas más, se volvió rápidamente y entró en la casa.



XII

Los tres mozos de la Hausnière.

ERA algún tiempo después de la recolección, cuando las tórtolas emigran. La mayor parte de los colonos esperaban, para comenzar la labor, á que las primeras lluvias hubiesen ablandado la tierra; pero los tres mocetones rubios de la Hausnière, Julián, Antonio y Santos, no acostumbraban á esperar, y apenas segaban el trigo cuando metían el arado en las rastrojeras. Con una finca tan buena, unos mozos tan gallardos y unos bueyes tan hermosos, podía hacerse cuanto se quisiera. Una tarde del mes de Agosto, los dos hermanos mayores que habían estado arando durante una hora, y el menor, que acababa de rastillar, descansaban á la sombra de un añoso castaño que tenía ya las hojas amarillentas y todos los erizos de las castañas, verdes. Estaban acostados sobre la hierba, y junto á ellos, atados á la cerca, resoplaban los bueyes, rendidos como sus amos.

Julián, que tenía más de cuarenta años, exoracero, de rostro sereno y hablar reposado, dijo:

—Después de todo, no es tan difícil hacer lo que nosotros hacemos; basta con ser tres hermanos que se entiendan.

Y como se sonriera, mostró bajo su bigote la blancura de sus dientes.

—No consiste todo en entenderse—dijo Antonio, el más alto y el más rubio de los tres hermanos—es preciso contar con unas tierras como las de la Haussière.

Los tres hermanos, y hasta los mismos bueyes, miraron en aquel momento la polvareda que se levantaba de las rastrojeras recién aradas, la extensa pendiente iluminada por el sol, y, allá á lo lejos, el tejado de la casita, á la que daba sombra un añoso peral de tronco retorcido.

Santos, que era el más moreno y el más nervioso de los hermanos, estuvo absorto más tiempo que los otros dos en los pensamientos que le asaltaban siempre que veía la casa, y dijo á su vez:

—Vosotros haréis lo que queráis; tú, Julián, y tú, Antonio, y padre, que está en casa, y Marieta, que se casará probablemente antes que nosotros; yo no saldré jamás de la granja.

Nadie manifestó extrañeza, porque no era la primera vez que oían aquellas palabras. Como una de las yeguas empezase á cocear por causa de las moscas, los tres hermanos se levantaron y reanudaron el trabajo.

El mayor llevaba cuarenta años viviendo en la Hau-

sière, el segundo treinta y cinco, y el tercero treinta y dos. El mismo caso de fuerza mayor, el servicio militar, los había alejado de su casa uno tras otro, hacía ya mucho tiempo. Aquella había sido su única ausencia. No eran los amos, puesto que la granja pertenecía al padre; pero podían decir «nuestra casa», porque heredarían las tierras y las cultivaban y las amaban apasionadamente. Este amor al terruño, el trabajo que les reunía á menudo y no les separaba nunca mucho, la misma sangre, las mismas esperanzas frustradas unas veces, realizadas otras, y la intimidad que de ello nacía, y también la paz de las almas religiosas y hasta piadosas, en las que no hacía mella la envidia, constituían para cada uno de los hermanos una felicidad que parecía satisfacer á Julián, á Antonio y á Santos. Las muchachas de este rinconcito vendeano, muchas de ellas por lo ménos, habían puesto los ojos en aquellos buenos mozos. Pero ellos miraban á todas de la misma manera y contestaban con la misma tímida sonrisa á los saludos que ellas les dirigían los domingos en la plaza de la iglesia, cuando se piden unos á otros noticias de las granjas, como hacen los marinos de las islas al encontrarse en alta mar. Los tres mozos de la Haussière pasaban por entre los grupos con la mayor indiferencia, y el padre, que los seguía algo más despacio, por su mucha edad, se paraba de mejor gana que ellos y se mostraba menos arisco. Apenas se detenían en la taberna; tomaban una ó dos copas y se marchaban. Pero cuando nadie los veía y

ellos veían sus tierras, entonces era cuando sus ojos tenían miradas de contento y casi de amor para los campos de avena, para el algarrobo en flor, para las gavillas de trigo, ó, si era invierno, para los cuadros de coles, que goteaban como un bosque después de la lluvia. Su hermana María salía á su encuentro: «Hola, hermanos; os he preparado una torta». Y el padre les alcanzaba entonces, y decía medio en serio, medio en broma: «Muchachos, sois demasiado felices aquí; me moriré sin veros casados.»

Una tarde de invierno, antes de cenar, á la hora en que las tierras parecen blandas y grises, como pedazos caídos del cielo, entró una mujer en la cocina de la Haussiére, en donde el colono reflexionaba, sentado en un banco, y escuchaba el rumor que salía de los establos. Era joven aún y robusta: vestía de negro.

El labrador indicó por señas que la había conocido á pesar de la obscuridad, y ella permaneció de pie, conmovida y con los ojos bajos como si se hallase ante el Tribunal.

—Tío—le dijo,—ya sabe usted que soy viuda, que tengo dos niños de mi difunto, y que no éramos ricos cuando nos casamos.

—Verdad es, hija mía.

—Desde hace ocho meses procuro dirigir sola la granja, y no puedo decir que no lo he conseguido. Pero me apuro mucho por la cosa más insignificante; los trabajadores no me obedecen; no les hablo con bastante energía, y comprendo que no puedo dirigir mi casa

El anciano inclinó la cabeza, consideró con atención á aquella mujer que seguramente iba á pedir alguna cosa, y respondió:

—El manejar á tanta gente y á tantos animales es una carga muy pesada para las tres cuartas partes de las mujeres y para la mitad de la otra cuarta parte. ¿Qué quieres?

—Que me ayude usted. Usted es mi pariente más cercano y tiene tres hijos.

El dueño de la Haussiére se estremeció, por lo que no pudo responder inmediatamente.

Cuando hubo coordinado sus ideas y recobrado el valor necesario para expresarlas, murmuró:

—Tienes razón. Debo ayudarte.

La mujer se marchó.

Una hora después, terminada la cena, cuando los criados salieron de la cocina y Marieta se fué á fregar los platos á la habitación contigua, Julián, Antonio y Santos, acodados en la cabecera de la mesa, é iluminados de cerca por la lámpara que hacía rebrillar sus ojos verdes, empezaron á charlar de las cosas de la granja, según costumbre. Pero el padre, que se había acercado al fuego y que luego había vuelto á sentarse al lado del hermano mayor, les hizo seña de que se callaran. Contó la visita que había tenido y cómo había prometido ayudar á la viuda de la Taguiniére, y añadió:

—¿Quién de vosotros cumplirá mi promesa? Lo mismo me da separarme de uno que de otro. Al que diga que sí le dejaré marchar.

Miró primero á Julián, luego á Antonio y después á Santos. Pero los tres habían vuelto la cabeza, como hacen los que no quieren verse obligados á hablar. En la cocina, contra lo ordinario, reinaba un silencio tal, que se oía perfectamente el chirrido de la persiana que el viento movía.

El viejo, que tenía la cara larga y completamente afeitada sonrió levemente, como satisfecho por el silencio de sus hijos. Pero la voz no se alteró, sino que, por el contrario, pareció más firme, cuando continuó.

—Puesto que ninguno de vosotros quiere marcharse á mí me corresponde decidir.

Miró otra vez á los tres mozos, y añadió:

—Tú, Antonio, irás mañana á la Taguinière, y te quedarás allí mientras mi sobrina te necesite.

Ni el que había recibido esta orden, ni los otros dos respondieron; pero se levantaron y salieron afuera, eso que la noche era muy fría.

Al día siguiente, poco antes del medio día, despidióse Antonio de todos los que vivían en la granja, se puso un lío de ropa bajo el brazo izquierdo, empuñó con la mano derecha su bastón y se fué á buscar á su padre que andaba por los pajares y por los establos y que se escondía para llorar. Le encontró cerca del lagar. El viejo volvió la cabeza. El hijo le saludó y le dijo:

—Padre, yo no puedo irme solo á la Taguinière.

—Pues yo, muchacho, tampoco puedo privarme de otro hijo.

—No, deje usted que me lleve dos bueyes negros: me harán compañía. Los compro para la otra granja.

Y de la Haussière salieron tres, los dos bueyes y el mocetón rubio que los llevaba.

Transcurrieron dieciocho meses. Antonio no había vuelto ni una sola vez á la Haussière. «Comprendo que no podría resistir á la tentación—decía.—Si volviese á casa me quedaría allí.» De cuando en cuando veía á su padre ó á sus hermanos en la plaza del pueblo, en la taberna, en los caminos, cuando llevaban el trigo al mismo molino; también iban á verlo alguna que otra vez á la Taguinière. Vivía en una granja situada en la ladera de una colina, cuyos campos y prados se extendían hacia levante. Había restablecido el orden. Demostró ser un buen labrador, un buen segador, un buen administrador y un buen amo, algo rudo, lo mismo que su padre, pero nada violento en el fondo y sensato en su severidad. Los vecinos decían: «Es un hombre muy listo; pero no habla mucho.» Hablaba poco, porque no tenía más que un solo pensamiento que no era nada alegre: echaba de menos su Haussière. Ni el invierno, ni el verano, ni las buenas cosechas, ni la estimación que aumentaba en torno suyo mitigaban su pena. Casi todas las tardes, cuando daba orden de suspender el trabajo, dejaba que se marchasen delante las yuntas, los boyeros, los jornaleros y los dos niños que ya comenzaban á manejar el azadón, y se quedaba solo en medio del campo. Entonces se volvía hacia poniente, y miraba

las tierras, que más bien podía decirse que se adivinaban que no que se veían, y una casita del tamaño de un guisante, y dominándolo todo, las nubes que siempre eran rojas, como la sangre de un corazón joven.

Una tarde en que hacía mucho calor, á fines del segundo verano, el dueño de la Haussière hallábase bebiendo un vaso de sidra en la sala de su granja. Acababa de levantarse de la siesta que había dormido sobre un montón de heno y aún tenía algunas briznas de hierba en el cuello de la camisa. De pronto apareció una sombra en la puerta de la habitación y el anciano volvió la cabeza.

—¡Cristo!—exclamó—¡pues si es Antonio! ¡Marieta, trae otro vaso! ¿Qué te ocurre, muchacho, para que vuelvas?

Cuando el joven se hubo sentado, respondió:

—Pues que no puedo seguir allá.

—¿Te ha despedido mi sobrina?

—No.

—¿Entonces es que te falta valor? Jamás hubiera creído eso de un hijo mío.

El mozo no respondió inmediatamente. Pasó un cuarto de hora largo antes de que se decidiera á contestar.

—No es valor lo que me falta; es que su sobrina de usted anda todo el día tras de mí para que nos casemos.

—¿Y no te gusta?

—Me gusta lo mismo que otra cualquiera.

—Pues entonces, muchacho, debes casarte: la granja es buena y la mujer también.

Diez minutos después, los dos hermanos, Julián y Santos, á quienes había llamado el padre, entraron en la sala. Cuando se enteraron de lo que pasaba, se echaron á reir silenciosamente, cada uno por su lado.

—De qué te ríes tú, Julián?—preguntó el viejo.

Julián se hizo de rogar, luego confesó, sin reirse ya más que á medias:

—Padre, le aseguro á usted que no lo hubiera hecho mientras hubiera habido probabilidades de que los tres volviésemos á vivir juntos en la Haussière; pero ya que Antonio nos deja para no volver más, yo también voy á dejarles á ustedes: quiero casarme con la hija del ama de la granja del *Sableau*.

—También es una buena granja—contestó el buen hombre;—pero dime, Julián, ¿se te ha ocurrido eso, así de pronto, al entrar en la sala?

—¡Oh, no, padre, hace ya seis años que «la hablo». Pero, á no ser por Antonio no me hubiese atrevido á decirlo.

—¿Y tú, Santos, qué es lo que piensas?

El menor, que era el más despierto, replicó sin vacilar:

—Yo, padre, digo ahora lo que he dicho siempre: que cuando usted falte yo seré el amo de la Haussière.